

CUENTOS DE VIDA Y MUERTE



*Around
the world
inside a book*

MABEL ARTILES RODRÍGUEZ

Mabel Artiles Rodríguez

CUENTOS DE VIDA Y MUERTE

Maromjos Publishing LLC ©

Silver Spring, MD

EDITOR: EDGARD O. MELÉNDEZ

CUENTOS DE VIDA Y MUERTE es una novela de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas; es completamente una coincidencia.

Cuentos de Vida y Muerte©

Autora: Mabel Artiles Rodríguez

Publicado en Estados Unidos por Maromjos Publishing LLC

Silver Spring, 20910, MD

Revisión: Agnes Cajina Ledezma

Diseño de portada: Martín Morán

Editor: Edgard Orochena M

Maquetación: Maromjos Publishing LLC

Edita: Maromjos Publishing LLC

editor@maromjospublishing.com

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

“La muerte no es la mayor pérdida en la vida. La mayor pérdida
es lo que muere dentro de nosotros mientras vivimos.

Norman Cousins

Dedicatoria

A mi madre, por su comprensión y amor, por exigirnos siempre en nuestra formación y ayudarme a ser quien soy, a mis hijos y nietos, que me impulsaron a salir adelante, y creyeron en mí, en especial mi hijo varón, quien desde niño me pedía que escribiera un libro.

ÍNDICE

Capítulo 1

Los malos nunca ganan.95

Capítulo 2

Su otro amor108

Capítulo 3

El día del Alacrán117

Capítulo 4

Muere tranquilo mi amor.123

Capítulo 1

Los malos nunca ganan.

—¿*Por qué los malos nunca ganan mamá?* —Un recuerdo de infancia había regresado como una dulce brisa en el malecón de la Habana. La teniente Caridad Nodarse Valdez, recordó el día en que su madre la llevó por vez primera al cine. Y fue en ese momento que la pequeña niña tomó la decisión de querer convertirse en una mujer policía.

Transcurría el mes de agosto, el día estaba que ardía de calor, se podía cocinar un huevo en el asfalto. Sobre el cielo de la Capital Cubana, no había esperanza de nubes que pudiesen ocultar los rayos de ese sol castigador. Los transeúntes saltaban de un lado para otro donde poder protegerse del sol de verano. Para otros, era un día de suerte no asistir al trabajo o simplemente, tomaban sus cosas y se marchaban a la playa. «La maldad es igual que la oscuridad, la ausencia de luz» Pensó la teniente Caridad Nodarse Valdez mientras miraba a través de la ventana de su oficina.

En la Unidad de policía no paraba de sonar el timbre del teléfono. De pronto se escuchó la voz de un oficial.

—Avisen urgente a la guardia operativa, que se presente en el antiguo Saladero, por detrás de la Empresa de Materias primas.

—¿Quién ha llamado? —preguntó la primer teniente.

—No dijo su nombre, es una llamada anónima—respondió el oficial de turno.

La primer teniente, Caridad Nodarse Valdez, investigadora criminalista en la unidad de la policía nacional revolucionaria del municipio de Regla de la Habana, se encontraba de guardia, era una mujer de caderas pronunciadas, tez morena y el pelo rizado, su cara bonita y sus lindos ojos azules, despertaba en los corazones muchas palpitaciones. Sin embargo, todos en la unidad se preguntaban cómo es que una mulata tan hermosa y bella pudiera estar soltera. Era de carácter amable, pero muy enérgica a la hora de poner las cosas en orden. Perdía la dulzura de su carácter cuando las razones de sus interlocutores no eran de todo razonables o ciertas, dicho en otras palabras, no le gustaba que le llevaran la contraria. Era una mujer muy reflexiva, humana y jocosa, muy querida por sus compañeros. Vivía con su madre e hija.

Tanto su hija como la madre, se sentían muy orgullosas de ella y del tipo de trabajo que realizaba. Su hija le esperaba hasta entrada la noche para escuchar los acontecimientos del día.

—Parece que comenzamos con el pie izquierdo — murmuró la primer teniente en voz baja.

—¡Entremos en acción Ernesto! —ordenó la primer teniente, Caridad Nodarse Valdez al chofer.

—Vamos, recoge todo lo que necesitamos y dile al perito que se apure que en este momento sale con nosotros en el carro de la guardia operativa. ¡Ah!, y que no se le quede nada, pues si no me equivoco, el perito de guardia es Humberto, tiene fama de despistado.

—Uy, tremendo calor hace hoy, no será fácil enfrentarnos a este caso con este sol y sin tener dónde resguardarnos — dijo Humberto al incorporarse al grupo.

—Sí, está dura la cosa, pero tenemos que comenzar lo antes posible para ganar tiempo —respondió Caridad.

—¿Por dónde vamos a entrar para llegar al ahorcado? esto está demasiado estrecho y el carro no cabe, si subimos por esa lomita, corremos con la suerte de terminar con los neumáticos ponchados — advirtió el chofer.

—Este socio no se pudo ahorcar en un lugar de mejor acceso — comentó Humberto.

—Mejor bajémonos del carro y caminemos—ordenó Caridad.

—Jefa, esto no es justo—protestó Ernesto.

—Pero no hay de otra, dale apúrate que para mañana es tarde— exigió la teniente.

Luego de caminar varios metros se detuvieron sobre latones y basura.

—Míralo ahí, qué bien luce en esa pose, tirémosles su primera foto y... a propósito, ¿cómo pudo ahorcarse en esa matica tan bajita y frágil? parece como si estuviese bailando el lago de los cisnes ja, ja, ja —continúa diciendo Humberto.

—Un poco de respeto hacia el occiso vendría bien Humberto, ¿no te parece?

—Disculpe jefa, es el calor — exclamó Humberto mientras caminaba en dirección del hombre que colgaba de la cuerda.

—Aún me pregunto en qué momento elegí este trabajo— exclamó Humberto mientras se abría paso en medio del basurero.

— A partir del momento en que te distes cuenta que eras un don nadie, y no tenías en donde amarrar la chiva, tú sabes que en este trabajo se devenga uno de los mejores salarios del país, no quieras hacerte el bobo — comentó Caridad, mientras secaba con su pañuelo el sudor de su frente.

Con mucho cuidado se acercaron al ahorcado, las moscas y el hedor eran insoportable.

—Alabao, este lleva como cinco o más días de muerto, por el nivel de putrefacción que tiene.

—Es muy difícil determinar ahora mismo si es de la raza negra o blanca —Comentó Caridad Nodarse Valdez — Trata de buscar evidencias o algo que lo identifique, yo iré haciendo el acta, el croquis del lugar del hecho y me pondré en contacto con la Unidad, para que se comuniquen con Medicina legal o con Necrosis para el levantamiento del cadáver.

—Jefa, mire que belleza de gusanos le salen por todos los orificios —comentó Ernesto mientras rodeaba el charco de grasa destilada que fluía del cuerpo en avanzado estado de

descomposición. Con mucho cuidado el perito extrajo del bolsillo izquierdo una pequeña bolsita con un documento en su interior.

—Es una carta—subrayó Humberto.

—Léeme la carta —ordenó la teniente.

—Dice así —comentó el perito mientras acomodaba sus lentes. La teniente, mirando en todas direcciones esperó pacientemente que el perito diera lectura al pequeño papel.

Mimi, regreso tan pronto pueda, cuando llegamos ya no quedaban, me dieron una nueva dirección dónde es al seguro. Tengo que entregar los cinco mil dólares; el resto \$16500 será cuando todo termine y paso a buscarte, te amo mucho, llévalo en tu corazón. Tati tiene mi llave, pídesela, por favor.

—Qué asco tener que estar leyendo esta carta entre tanta putrefacción—protestó Humberto mientras escupía apartando su rostro con intenciones de vomitar.

—No te quejes más Humberto y verifica a qué hora estarán aquí para el levantamiento del cadáver y quiénes vendrán, por favor.

La primer teniente Caridad ya mostraba indicios de molestia mirando su reloj, con el calor y el hedor del muerto que hacían insoportable la estadía en el lugar

nauseabundo, invadido de moscas y gusanos esparcidos por todo lados.

—Es una barbaridad, que inconsecuentes son estos policías, mira la hora que es ya y no se han aparecido para hacer el levantamiento del cadáver, y lo peor es que no podemos movernos del lugar, aunque nuestra parte del trabajo haya concluido, tenemos que esperar hasta que se lo lleven.

—Así mismo, jefa. —respondió de manera inmediata Ernesto al momento de tocarse la bolsa derecha de su camisa buscando un cigarro.

—Tengo tremenda hambre y sed —Comentó Caridad

—Ernesto ve a la unidad y tráenos algo de comer y beber, por favor, y de más está decirte que no te demores. Si lo deseas trae lo que te vayas a comer aquí y sacrificate con nosotros, bajo la fetidez, el sol y los gusanos.

—A su orden, jefa, eres tremenda...

—Ernesto, sabes que me tienes un poco jodida con lo de jefa, aunque así lo es, pero cambia el formalismo por mi nombre, estoy segura de que es mucho más bonito.

—Siii jeee...teniente, perdón Caridad.

—A su orden —respondió Caridad Nodarse.

Eran las seis de la tarde cuando arribó el equipo de medicina legal, el primer teniente estaba que la llevaban los diablos, no era fácil estar en medio del sol, sin nada de sombra, metida en un basurero, rodeada de moscas y el fétido olor a cuerpo en descomposición.

—Teniente, al fin llegaron los de Medicina legal.

—Por favor Ernesto, guíales para que les sea más fácil el camino.

—Enseguida—respondió el policía

—Sigan por acá, rapidito, que casi nos llega la noche esperando por ustedes —gritó Ernesto quien no pudo ocultar su molestia por la tardanza del equipo de medicina legal.

—Buenas tardes ¿quién de ustedes está al frente del caso —preguntó el oficial recién llegado.

—A sus órdenes, Primer teniente Caridad Nodarse.

—Un placer teniente, Armando Becerra. Bueno, infórmenos qué tenemos — exclamó el teniente Becerra sin quitar su mirada del ahorcado.

—Como puede usted apreciar teniente, no hay mucho que informar, estamos en presencia de un cuerpo putrefacto que por lo menos lleva cinco o más días colgado, temo que en cuanto se toque se caigan pedazos, hay que tener delicadeza para sacarlo de ahí, y más considerando su difícil acceso.

—En eso estoy de acuerdo con usted, teniente, pero me da pena decirle, que este caso no es de nuestra incumbencia, sino de Necropsia.

—¿Cómo dice?, después que nos hemos pasado prácticamente todo el santo día esperando por ustedes, ¡¿ahora con eso?!

—No se preocupe, que ya están en camino.

—¡Ojalá y lleguen rápido, qué desconsideración! —respondió la teniente Caridad Nodarse, quien para esas alturas de la tarde estaba desesperada por marcharse de aquel sitio sucio y mal oliente.

—Menos mal que aparecieron, sólo falta que sigan pasando la bola. Humberto, sube con ellos para que vean por dónde es más fácil bajarlo—ordenó la teniente al borde de la desesperación.

—Teniente, ¿puede ordenar a Ernesto que acomode el carro de frente, de manera que las luces delanteras nos alumbren?, que todo está muy oscuro —solicitó con mucho tacto el teniente Armando Becerra, pues intuía que a Caridad le faltaba poco para estallar en cualquier momento.

—Ernesto, adelante, ya escuchaste—ordenó Caridad un tanto mal humorada.

Al poco tiempo llegó el equipo de necropsia, quienes habían sentido, aparte del ambiente fétido, un cierto malestar en la teniente Caridad Nodarse.

—Buenas noches, soy la teniente Nodarse, y espero que terminemos ya con esto —expresó con cierta ironía.

—Mucho gusto teniente, trataremos de hacer todo lo que esté en nuestro alcance, pero quiero que sepas que nosotros no tenemos las condiciones necesarias para hacer el levantamiento del cadáver en un caso como este, además, medicina legal es quien está facultado en estos casos.

—¡Es broma! ¿verdad?, esto es el colmo, ¡¿hasta cuándo hay que aguantar este peloteo?!, usted me perdona, pero esté o no facultado, tenga o no condiciones, le ordeno que tome acción y terminemos con esto ya, así que, coloque

también su carro de manera que sus reflectores alumbren, y manos a la obra.

—A taparnos las narices que la fetidez se sentirá el doble en cuanto movamos el cuerpo.

—Humberto, baja de ahí, y ven a mi lado, permite que ellos hagan su trabajo —ordenó la teniente.

—Teniente, nosotros asumiremos el trabajo, pero al menos necesitamos guantes, que no tenemos.

—De acuerdo, ¿y ustedes van a la guerra sin fusil? —dijo la teniente.

—A nosotros rara vez nos dan guantes para trabajar.

—¡Qué horror! —exclamó la teniente al borde de la desesperación. No solamente estaba cansada de tanta ineficiencia, sino también de luchar día a día con este tipo de situaciones que no abonaban al buen funcionamiento de la institución policial. Desde muy temprano al sentir los primeros rayos del sol se dio cuenta que sería un mal día. «esto es un infierno y lo peor que nos damos cuenta y no hacemos nada para cambiar la situación», pensó la primer teniente Caridad Nodarse. Que por más que intentaba mostrarse tranquila, cada minuto que transcurría, se convertía en una tortura, «de continuar esta situación, el

siguiente ahorcado seré yo» mascullo entre dientes Caridad mientras escuchaba al oficial de necropsia.

—Y la verdad, que en las condiciones que está el muerto, necesitamos guantes, de lo contrario, no podremos hacer nada.

—Humberto, dales a estos infelices la cajita de guantes que trajiste de la Unidad.

—Vamos, vamos rápido y con cuidado.

—Al fin, parecía que íbamos a tener que llevarnos a este judas con nosotros. ¿Ya podemos irnos teniente? perdón digo, ¡Caridad! —preguntó Ernesto.

—Claro, ¿o quieres quedarte? Arranca y déjame en mi casa, mañana temprano pasa a recogerme para darle continuidad al caso. Necesito darme un baño con cloro, con gas, con alcohol, con cualquier cosa para quitarme esta hediondez y quemar toda esta ropa que con tanta mosca que se me ha parado, al saber cuántos microbios y bacterias llevaré prendidas en este uniforme.

Eran las siete y media de la mañana cuando la teniente Caridad Nodarse entró a su oficina. Observó que todo estaba sucio, una piedra hacía peso a un manojito de

documentos para que no los volara el viento. Un espantoso olor pro

—Teniente, perdón, Caridad, ¿se dio cuenta qué buena presidenta es Rosaura? Ojalá todos fueran así y nos facilitarían nuestro trabajo, jajaja, pobrecitos los que estén a Humberto Largaespada que le espero en el estacionamiento para salir ahora mismo

Capítulo 2

Su otro amor

Esa mañana en que Nancy y su esposo abrieron sus ojos, nunca se imaginaron que ese día sería el más terrible de sus vidas.

Fidel o mejor conocido en el barrio de regla como Fifo despertaba a su esposa besando su espalda, con la intención de asegurarse el mañanero.

—¡Pero ya pipo deja eso, ¡todas las mañanas lo mismo, déjame descansar que no soy una maquina quita ganas, contrólate! —reclamó Nancy a su marido. Esa mañana su compañera no estaba de ánimos como para hacer el delicioso.

—De verdad que hoy amaneciste con el moño alborota'o— rezongó Fifo.

—Ni el sol ha salido y tú estás toca que toca, ¡ya, para la tocadera! ¡y levántate! que tenemos muchas cosas que hacer —protestó Nancy de muy mal humor —Fifo, hay muchas cosas que hacer, deja de estarte jalando eso que ni con el

himno nacional, además, tengo que buscar que hacer para el desayuno de los niños.

—Pero es que eso me ayuda a combatir el estrés—justificó Fifo mientras no paraba de tocarse su órgano viril que esa mañana parecía un pedazo de morcilla endeble.

Avienta eso pacá, que de seguir con eso vamos a perder todo el día —advirtió Nancy mientras miraba como Fifo buscaba como despertar su hombría.

—Pero chico deja eso ya, que más bien parece que estás ahorcando un pato, ya vístete que tenemos que ir a buscar la chatarra al basurero.

—Mejor digamos al viejo Rafael que la vaya a buscar y nos la traiga en su carro, mientras nosotros nos quedamos aquí en nuestro nido de amor.

—Que nido de amor ni que boberías, no tenemos dinero suficiente para encargárselo—exclamó Nancy mientras se colocaba el brasier —Vamos, vístete deja eso que parece que ese canario ya se murió.

—Bueno, pero si vamos a ir tendrá que ser ya antes que salga el sol, porque tú sabes cómo es ese lugar de caliente y según las noticias, últimamente ha aparecido gente ahorcada —indicó Fifo al momento que lanzó un gemido.

¿Qué pasó Fifo? —preguntó de forma sorpresiva Nancy mientras observaba las manos juntas de Fifo.

—Me he prensado el prepucio con la cremallera del pantalón.

—Eso te pasa por no usar calzoncillos, eres un puerco.

—Ven ayúdame.

—No, ni loca, solo de ver eso todo caído ya me dieron nauseas, mejor y voy a preparar el desayuno —Fifo salió de la habitación abotonándose la camisa.

—La verdad que tú eres mala Nancy, me dejaste ahí solo con mi problema, hasta me hice una herida con los dientes de la cremallera.

—A ver si con esto aprendes. No quieres entender de una vez que no eres un jovencito. Tienes más de sesenta años y quieres comportarte como un jovencito. A tu edad deberías de estar pensando en cosas más sublimes.

—¿Cómo qué dime? —preguntó molesto Fifo.

—Por ejemplo, puedes pensar en la inmortalidad del cangrejo.

Nancy y su caliente esposo, se internaron en el inmenso basurero.

—Fifo ¿crees tú que aquí espantan?

—Y ¿por qué razón estás hablando tan bajito?

—Porque no quiero despertar a los espantos de las personas que aquí han muerto—respondió Nancy mirando con temor hacia todos lados.

—La verdad que a ti sí, el tiempo te está haciendo daño, ¿estás mal de la cabeza o es que quieres darme miedo? —respondió un tanto molesto Fifo, ya que suficiente sufrimiento estaba pasando con esquivar los zarzales a su paso.

Ambos cargaban dos fuertes jabas, el sol de la mañana comenzaba a calentar cuando de pronto Nancy creyó escuchar un lamento —¡Virgen Caridad del cobre, protégenos madrecita santa!

—¿Qué mosca te picó ahora? —preguntó Fifo mientras caminaba de lado esquivando las espigas de unos zarzales.

—¿Eres sordo o qué? ¿acaso no escuchaste ese lamento?

Lo que lamento ahora es haberme casado con una loca, y que, además, se está volviendo paranoica, que lamento ni que lamento, ni que fuera el lamento boliviano —respondió en tono burlesco Fifo —Tenemos que darnos prisa y salir de este infierno antes que apriete el sol.

—Creo que tenías razón, debimos mejor pagarle al viejo Rafael, para que viniera a buscar el aluminio —dijo entre lamentos Nancy que, para esa hora ya estaba cubierta de sudor.

—Te lo dije, te lo dije, pero tú eres terca como una mula, así que ahora démonos prisa que este lugar apesta a muerto.

Habían transcurrido más de dos horas bajo el sol de la mañana que, ya se hacía sentir. Fifo y su esposa Nancy buscaban entre desperdicios y basura, retazos y cortes de aluminio y de a poco iban llenando las jabas y uno que otro material que pudiera ser de mucha utilidad, cuando de pronto, observa algo que llama su atención. Era un objeto parecido a un baúl que yacía semi enterrado bajo la tierra.

—Fifo, Fifo mira esto—señaló Nancy —parece una botija.

—Sí, —respondió excitado Fifo.

—Parece un baúl y ¿si fuese una botija de “Diego Grillo”? —comentó Nancy.

—Seguro que es un cofre con tesoros de ese pirata, ¡que afortunados somos Nancy! Vamos a cavar y extraer ese baúl, seguro tiene joyas, monedas de oro. Cuenta la leyenda que, Diego Grillo había sido un esclavo que llegó a convertirse en uno de los grandes piratas del caribe,

acumulando grandes tesoros. ¿Te imaginas Nancy, todo este tesoro?

—Si Fifo, yo me compraría un avión y me iría a viajar por toda Europa.

—¡Mejor nos vamos pal'a Yuma!

—Tú estás loco chico, acaso ¿no te han dicho que allá se pagan impuesto y todo? No, mejor nos vamos a Italia, a España, yo quiero conocer el castillo de Drácula, —expresó Nancy con mucho sueño y pasión.

—Mejor apurémonos a desenterrar esta botija que nuestros días de pobre han llegado a su fin.—Apoyados por unos latones y un pedazo de madera comenzaron a cavar hasta que, el baúl de madera quedó expuesto. El cofre tenía una tapa convexa, que comúnmente se utilizaba para guardar ropa u otros enseres de valor, protegidos sus esquinas de sus planos con cantoneras de hierro para evitar que se estropeará con los golpes.

—¡Ábrelo! ¡ábrelolo! —repitió de manera insistente y efusiva sintiendo en su interior una gran emoción de saber que dejaría de ser pobre. Fifo rompió el candado y al abrir el cofre se llevaron la gran sorpresa.

—Pero ¿¡qué es esto!? —exclamó Nancy llevando sus manos a la boca. Fifo quedó estupefacto sin dar crédito a lo que miraban sus ojos —¡señor bendito! ¿esto, que es?

Dentro del baúl de gran tamaño yacían restos humanos en total descomposición. —¡Retírate de ahí! —gritó Nancy.

Era el cuerpo de una mujer que había sido cortado en pedazos para que cupiera dentro del baúl de madera. El terrible susto estuvo acompañado de tristeza y frustración, el haber acariciado la ilusión de convertirse en ricos de la noche a la mañana y despertar, había sido un duro golpe.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Nancy desanimada.

—Salir de este basurero e informar a la PNR de regla— Nancy y Fifo cargaron las jabas y caminaron en silencio, dejando atrás el baúl abierto con los restos humanos en descomposición.

—El otro día una amiga me escribió recordando nuestros buenos tiempos, quise responder de la misma manera, pero me quedé pensando, luego me hice la pregunta, ¿si lo que he vivido en el pasado eran buenos tiempos, entonces, como podría llamar a mi tiempo presente? Es que, ¿acaso tendré que vivir otros veinte años, ver hacia el pasado y decir “que buenos tiempos fueron aquellos”? ¿qué piensas tu Caridad?

Caridad Nodarse caminaba junto a su amiga y compañera en la PNR Verónica Díaz, por los salones del Museo Nacional de bellas artes. Desde hacía un tiempo habían programado una visita a tan hermoso lugar lleno de arte y belleza.

—Por lo general, nunca pienso en esas cosas, siempre he pensado que es una forma burguesa de perder el tiempo, en temas existenciales, pero bueno, cada loco con su tema. ¿Y cómo va tu vida de casada? —preguntó Caridad mientras contemplaba un cuadro de Mariano Rodríguez llamado UNIDAD.

—¿Qué te parece este cuadro?, es muy hermoso, me gusta porque se mira como esos brazos fornidos del hombre protegen a la mujer de no caerse, pues ella parece estar bailando

—¿Cómo es tu vida en dos años de casada? —preguntó Caridad sin despegar su mirada del cuadro que la había atrapado. Verónica que acomodó su fleco respondió.

—Por más que intentes conocer a tu pareja, por más años que pasen juntos, creo que nunca terminarás de conocerle. —respondió con un tono de tristeza.

— ¿Qué te sucede?, vamos cuenta, tú no eres así, ¿qué te está pasando?, ¿Problemas con tu esposo? —Preguntó Caridad.

—¿Te ha vuelto a golpear?, oye ten cuidado con eso, la primera se la hemos dejado pasar, pero si vuelve a levantarte la mano, el que se la corta seré yo, ten cuidado con eso.

—No, para nada, después de aquel incidente en que llegó ebrio y pasó la noche en prisión, aprendió la lección. Además, que fue difícil convencerme en regresar a la casa. Tuvo que demostrarme que realmente había cambiado, porque nunca me imaginé que, él algún día, pudiera empujarme en la manera que lo hizo.

colorido y su vestido impecable color blanco.

—¡Aquí no han robado ni matado a nadie! —manifestó con una potente voz la negra cubana.

—Disculpe, no

con la esperanza de haber recibido el perdón.

Capítulo 3

El día del Alacrán

—En esta vida existen dos tipos de hombres, los que se arriesgan y pierden todo y los que no se arriesgan y no ganan nada. Ya dejemos esta bobería de que, si esto es bueno o que lo otro es lo malo, te diré mi querido chino, la calle no es para la gente que transita en ellas, es para los más malos y los más fuertes. La ley, está hecha para los débiles, porque el fuerte hace la justicia a su manera.

Eran alrededor de las nueve de la mañana cuando el Alacrán conducía su almendrón color azul marino, acompañado de Mei Chang, empinándose de una botella de ron legendario, y Nicolás que enrollaba un Bob Marley Especial en la parte trasera del auto. Con la música a todo volumen, cantando al compás de la música, viajaban a toda prisa sin importarles los transeúntes.

—Mira esta pobre gente, ha depositado su confianza y futuro en unas cuantas personas y ¿ves lo que pasa cuando entregas tus esperanzas y tu futuro para que otros construyan tu destino?, eso es lo que sucede, mira chino,

que lindas calles, que hermosos edificios, que tiendas más espectaculares, todo se ha ido a la mierda.

Juan Domínguez, alias el Alacrán había nacido en el seno de una familia conservadora, su padre había sido un gran científico, su madre una ejemplar maestra de escuela, que habían invertido las esperanzas en construir a un hombre que, al igual como lo recitaba el slogan del partido, construían al hombre nuevo. No sé en qué momento Don Teodoro Domínguez y Doña Filomena Milanés fallaron en la formación de Juan Domínguez, pero de una cosa estaban seguros, de que Juan Domínguez, de nuevo, no tenía nada.

—Juan, se está acabando el porro y el ron se lo ha tomado este chino come ratón —advirtió Nicolás.

—A comprar, y ¿con que dinero? si el último billete que nos dio el gordo grasiento de Rosendo López fue la semana pasada que, por cierto, ¿te enteraste en las noticias que entraron a la casa de la Rosaura y que le dieron piso a él y a dos chinos que ahí estaban? —comentó Nicolás mientras extendía la mano hacia el Alacrán con el porro encendido.

—Estás arriba de la bola, pero no entiendo algo.

—Otra cosa que no entiendes, jajajaja—se rio a carcajadas Nicolás —Dime ¿acaso tú has entendido algo en la vida? jajaja—se burló nuevamente Nicolás de Juan Domínguez.

—Pues no seré un filósofo, pero tengo este fierro que si sigues jodiendo te vuelo los sesos de tu estúpida cabeza— advirtió el Alacrán lleno de ira.

—Tranquilo mi tigre de bengala, tranquilo, no permitas que la estupidez humana de este energúmeno colme tu paciencia —aconsejó Mei Chang al Alacrán, mientras bajaba el arma del Alacrán con su mano izquierda.

—A ver, pongámonos serios jajajaja—dijo Nicolás, que el cannabis ya le había hecho efecto.

—Serio te pondrás cuando te meta un tiro por la boca— amenazó el Alacrán que nuevamente había tomado su arma. El chino Mei Chang que conocía el carácter explosivo de el Alacrán decidió disuadir la tensión que Nicolás había generado.

—Eso terminó como la fiesta del guatao, no entiendo cómo es que al gordo de Rosendo y esos dos buenos para nada, los mataran y en la forma que lo hicieron, los han matado a filo de cuchillo, como que si estaban degollando a tres cerdos —comentó Chang.

—También a mí me llena la curiosidad, porque el gordo López, cuando lo conocí en la cárcel, era un tipo temido, y morir de la forma en que murió me hace pensar dos cosas;

uno, que estaba bien drogado y dos; que los tipos que los asesinaron eran tipos bien entrenados.

—Asere, ¿vamos a seguir con la filosofía pedorra de como mataron a esos idiotas o vamos a buscar más hierba?, el combustible se está acabando y apenas son las diez de la mañana y no hay billete, no hay money —advirtió Nicolás.

Haciendo un giro brusco con su auto, el Alacrán dijo— ¿quieren billetes? yo conozco una casa donde ahí siempre hay—comentó el Alacrán mientras extraía de su guantera una ametralladora USI.

—¿Adónde coños vamos? —preguntó Nicolás.

—¿Adónde tú crees? pendejo ¡al banco! —respondió el Alacrán mientras le daba una pitada al porro de mariguana.

—Pásame la botella, asere, comparte y no seas glotón que ya tengo el pico seco —reclamó Nicolás a Mei Chang.

Minutos antes de llegar al banco metropolitano, Mei Chang preguntó—¿Cómo es la jugada?

—Pues muy sencillo, tirando plomo como en las películas de vaqueros.

Nadie ha podido comprender como tres tipos que, bajo la influencia del alcohol y la droga pudieron cometer algo así,

algo que jamás se había visto en la isla. El Alacrán, que cubriendo su rostro con un pasamontaña, entró con su arma automática, tomando desprevenido al viejo guarda de la entrada, le dejó ir todo el cartucho encima, Nicolás y el chino Chang hicieron lo mismo, disparando a todas las personas que se les cruzaran a su paso.

—¡El dinero o la vida! —gritó el Alacrán a la joven cajera del banco, Nicolás buscaba entre las diferentes oficinas a más personas para dispararles.

Mei Chang al mirar lo que sucedía gritó desde una de las ventanillas del banco —Deja eso, que te ocurre, hemos venido a robar no a matar—advirtió el chino Chang.

—Pensaba que habíamos venido para las dos cosas jajajaja—respondió Nicolás mientras disparaba a la cabeza de una señora que yacía en el suelo.

El chino Chang se acercó al Alacrán diciendo al oído —Si no lo paras tú a ese loco, lo mato —amenazó el chino mientras revisaba la cantidad de balas que tenía en su arma 38 Smith& Wesson especial 38.

—Nicolás, para eso compadre, que hemos venido por la pasta, ahorra las balas compadre, que no hace falta matar a nadie, toda esta gente está muerta desde hace tiempo, lo

robar en un Banco se dirigen rumbo a su dirección, en cuanto pasen por el punto donde están ustedes, deténganlos, ¡cuidado, van armados!

Capítulo 4

Muere tranquilo mi amor.

—Hay una mujer en la recepción, vino a entregarse, dice haber asesinado a su marido y que sólo hablará con usted— informó la oficial encargada de coger las llamadas. Sin apartar la mirada a la mujer con su vestido cubierto de sangre.

La teniente primero Caridad Nodarse, lentamente cerró el folder dirigiéndose de inmediato hacia la oficina donde se encontraban las actas de declaración, respondió— Condúzcanla al salón de interrogatorios voy de inmediato.

—A sus órdenes teniente— afirmó la oficial mientras colocaba las esposas en las manos de la homicida.

El mayor Rubén Casablanca alcanzó a Caridad en el pasillo y con voz agitada dijo — Solo tome declaraciones necesarias y comuníquese con el mando correspondiente, pues estamos en presencia de un crimen mayor y eso no es de nuestra competencia.

—Como usted ordene—respondió Caridad. Al ingresar a la sala de interrogatorios, su asombro fue tal que cayeron al piso las hojas que traía en sus manos.

—¡Por Dios, Dulce!, ¿qué tontería has cometido? ¡mírate toda cubierta de sangre!

La teniente primero Caridad Nodarse, nunca imaginó tener en el cuarto de interrogatorios a su propia manicurista. La joven técnico en uñas, con su mirada perdida se echó a llorar al mirar a su amiga de años. Su lloro era incontenible, era desolador, de desconsuelo, un lamento con sabor a culpa.

Con su voz quebrada logró decir —Por tonta, por amar sin ser correspondida, por permitir tantas humillaciones, maltratos, reproches, engañada. Cansada de ser su esclava. Como odié tanto escuchar su voz diciendo: “Amor, prepárame el baño”, “amor, tengo hambre”, “amor, alcánzame un vaso de agua”, “amor, enciéndeme un cigarro”, “amor pláncame esta camisa”. Y todo lo hacía por amor, pero nunca recibí nada de su parte. Por mi parte, solo quería un poco de atención, de amor, simplemente quise ser su princesa, su mejor amor. Pero él, nunca valoró nada y fue por esa razón que lo maté.

Caridad, que ofreció un vaso de agua dijo —Ese no es motivo suficiente para asesinar a alguien y mucho menos a tu compañero de vida. Aunque te diré, por mucho que un hombre lo merezca, nadie tiene el derecho de quitarle la vida a otra persona, no tenías derecho de hacer eso, cuántas veces te aconsejé que te divorciarás, que lo dejaras, que te fueras de esa casa. Tenías la casa de tu madre, podías irte a vivir lejos de él y comenzar tu vida de nuevo. Ahora te esperan de 25 o 30 años en prisión. No entiendo nada, pues, tú no eres la típica mujer de atracción fatal, como esas mujeres psicópatas. Siempre te he considerado una mujer tranquila, racional y hasta un poco sumisa, pero no una asesina.

Dulce, haciendo un esfuerzo por ordenar sus ideas respondió —Caridad, ¿quieres que te diga una cosa?, no me arrepiento de nada, si se me apareciera en el otro mundo lo volvería a hacer, fueron tantas las humillaciones que me hizo y por amor fui capaz de soportarlas, pero ya no sé verá más con su Amelia, ni tampoco podrán contraer matrimonio.

—Bueno, ahora cuéntame todo desde el principio

Dulce tomó un poco de agua, se sobó las muñecas y mirando al oficial que acompañaba a la teniente comenzó su declaración diciendo.

—Todo comenzó esa tarde cuando logré escuchar lo que hablaba por teléfono.

—Te espero en el lugar de siempre... si a las 6:30 pm.

Me propuse ir tras de él, sin que se diera cuenta para ver con quién andaba. Él ni se percató que yo lo seguí. Cuando llegó al lugar acordado, ahí estaba ella, aún con su uniforme puesto. No me fue difícil reconocer que se trataba de Amalia, una de mis clientas favoritas. En ese mismo instante se me puso la sangre caliente al mirarla como acariciaba su pelo, lo besaba con tantas ganas, de una manera tan apasionada y tan ardiente. Luego caminaron unas cuerdas, se detuvieron en el cafetín de la mulata, se tomaron un cortadito con un par de croquetas y después de una hora caminaron en dirección al edificio donde ella vivía.

Esa noche, no sé ni como, regresé a mi casa, sentía que me ahogaba, sentía que me moría, sentía que todo había perdido significado en mi vida. El hombre, en el cual creí y había depositado todas mis ilusiones y esperanzas me había traicionado. No sé por qué comencé a realizar las mismas cosas que hacía siempre que él regresaba del trabajo, me puse a cocinar, y preparé su ropa del día siguiente. Recuerdo que estaba planchando sus pantalones cuando el

entró, le pregunté si quería cenar y me respondió lleno de odio.

—¡No!, no quiero ni mierda.

—Pero te he preparado la caldosa que a ti te gusta.

—¿Qué parte de “no quiero ni mierda” no has entendido?

En ese momento no me di cuenta de que había dejado puesta la plancha sobre uno de sus pantalones cuando el olor avisó que lo había quemado. Él, al darse cuenta como un energúmeno, se lanzó sobre mí diciendo que era una estúpida. Yo no pude contenerme y le grité.

—Tienes razón, solo una estúpida se fijaría en ti.

—José Eduardo descargó un golpe sobre mi rostro cayendo de bruces. Mira, aquí fue donde la plancha cayó encima de mi entrepierna. A él no le importó y me dio varias patadas en mi abdomen. Me dijo que lo tenía hartó, que era una mujer inútil, que ni para la cama le servía. Qué ya no me aguantaba más, que mejor sería que me fuera de la casa. Esa noche fui al hospital para que atendieran mis quemaduras, por suerte Matilda, otra de mis clientas, estaba de servicio y le rogué que no informara nada a la policía por las laceraciones en todo mi cuerpo.

—Dulce debiste contármelo, siempre te he considerado mi amiga. ¿Por qué no me dijiste que ese hombre te maltrataba?

—Te diré algo, el amor perdona hasta el pecado. No quería perderlo, decía dentro de mí, “él se cansará de ella, que era solo una aventura, que se aburriría de ella y regresaría nuevamente a mis brazos”.

—El amor te cegó, Dulce, y no sé cómo vas a salir de esto. Continúa contando con detalles como ocurrió todo por favor — ordenó la teniente primero.

—Ese es mi objetivo en venir hasta acá, porque eso no es todo.

—¿Cómo que esto no es todo?, a ver explícate— ordenó la teniente Caridad Nodarse.

Dulce pidió un poco de café, y a los diez minutos Panchito entró con la suavidad de un espectro, colocó la taza sobre la mesa y le miró profundamente a los ojos, luego sin decir nada, se retiró, dejando ese olor a lirios a su paso.

Luego de la golpiza, el cambio de actitud. Fueron días buenos, días amables, salía temprano al trabajo y regresaba justo para la cena, mi corazón descansó, pensé que la aventura con Amalia había terminado, cuando una mañana

recibí una llamada telefónica, era la voz de Amalia que solicitaba mis servicios. Pensé en colgar el teléfono, pero decía mi abuela, “a los enemigos hay que tenerlos lo más cerca posible” y eso fue lo que hice, recogí todos los materiales que utilizaría para diseñarles las garras a esa arpía. Pero en el fondo lo que más quería darme cuenta era, que si mi marido había dejado de frecuentarla.

Llegué a su casa justo a las cuatro de la tarde, como siempre, ella muy amable y risueña. Mientras me preparaba para atender sus uñas, miraba que ella caminaba de un lado a otro mientras cantaba una vieja canción habanera. Debo confesarte que nunca había puesto atención en su cuerpo, hasta ese momento me di cuenta de que me había hecho vieja. Ella era tan joven, tan hermosa, llena de vida, contenta, era feliz, sus caderas eran muy hermosas y sus labios finos y delgados. Por unos instantes miré mis manos que no eran como las de ella, las mías se habían marchitado y no sé en qué momento sucedió, simplemente me levanté un día y la jovencita tierna y bella había desaparecido de la noche a la mañana como un hechizo, era como que, si el tiempo te permitiera vivir a cambio de convertirte en una vieja horrible y espantosa; de esa manera me sentí esa tarde al mirar a la joven Amelia que entre risas y canciones colocó

su mano derecha entre las mías mientras tomaba una cerveza.

“—¿Estás bien Dulce?—” me preguntó Amelia, mostrándome sus hermosos dientes blancos.

“—Sí, si estoy bien, ¿por qué la pregunta?—” respondí sin quitar la mirada de su mano.

“—Desde que has entrado a mi casa, te la pasas mirándome de arriba hacia abajo, mmm ¿será que en el fondo te atraen las mujeres hermosas, y no has querido aceptar lo que eres?”

—Me pareció gracioso lo que ella me dijo en ese momento, pero estaba muy lejos de adivinar la razón del por qué la miraba de esa forma.

“—Me gustaría compartirte un secreto—” me dijo mientras tocaba mi nariz con la punta de su dedo índice.

“—Claro, siempre has compartido tus aventuras románticas conmigo.

—Es que sabes, ya como que, me canse de tener ese tipo de aventuras, creo que ha llegado el momento de, tú sabes, de sentar cabeza, tener un marido, tener hijos. Lástima que tú nunca tuviste un hijo, el solo hecho de pensar que no podría